



COMIENZA A LEER...

MURIEL
SPARK

MURIEL SPARK
LA PLENITUD DE LA
SEÑORITA
BRODIE



TRADUCCIÓN DE JUAN BARRERA
NARRATIVA CONTEMPORÁNEA
EDITORIAL PRE-TEXTOS

1

Cuando hablaban con las niñas de la Escuela Marcia Blaine, los chicos se quedaban detrás de la bicicleta con las manos apoyadas en el manillar, lo que hacía que las bicicletas actuaran como barrera protectora entre ambos sexos y que diese la impresión de que los chicos tenían la posibilidad de marcharse en cualquier momento.

Las niñas no podían quitarse el panamá porque aquellos encuentros tenían lugar no muy lejos de la entrada de la escuela e ir sin sombrero estaba prohibido. Algunas infracciones del uso adecuado del sombrero eran celosamente observadas en el caso de las niñas de cuarto curso para arriba, a fin de que ninguna lo llevase ladeado. Pero había otras formas sutiles de moldear el ala del sombrero, distinta a la que exigía el reglamento general, consistente en alzarla por detrás y en bajarla por delante. Aquellas cinco niñas, apiñadas a causa de la cercanía de los chicos, llevaban el sombrero con un toque especial.

Eran las niñas que integraban el grupo de Brodie. Así era como se las conocía, incluso antes de que la directora les diese despectivamente ese nombre, desde que, a la edad de doce años, pasaron de la escuela primaria a la secundaria. En aquella época, eran identificadas como las alumnas de la señorita Brodie porque estaban muy bien instruidas en muchas materias que resultaban irrelevantes para el plan oficial de estudios, al menos según el criterio de la directora, e inútiles para la escuela como tal escuela. Aquellas niñas se distinguían por el hecho de haber oído hablar del buchmanismo y de Mussolini, de los pintores del Renacimiento italiano, de las ventajas de la crema limpiadora y del hamamelis para la piel, en vez del jabón normal y del agua clara, y del concepto de «primera menstruación»: Estaban al corriente de la decoración de la casa londinense del autor de *Winnie The*

Pooh, así como de la vida sentimental de Charlotte Brontë y de la de la propia señorita Brodie. Sabían de la existencia de Einstein y estaban al tanto de los argumentos de quienes consideraban que la Biblia era falsa. Conocían los rudimentos de la astrología, aunque ignoraban la fecha de la célebre batalla de Flodden y cuál era la capital de Finlandia. Todas las niñas del grupo de Brodie, excepto una, contaban con los dedos de las manos, al igual que la señorita Brodie, con resultados más o menos exactos.

Cuando cumplieron dieciséis años y pasaron al cuarto curso de secundaria, en un periodo en que se dedicaban a perder el tiempo después de salir de clase junto a la entrada de la escuela y en que se habían ajustado ya a la ortodoxia del centro, seguían siendo, inconfundiblemente, las niñas de Brodie. Todas eran famosas en la escuela, lo que viene a ser como decir que estaban bajo sospecha y que no gozaban de mucha simpatía. Entre ellas no existía espíritu de equipo y tenían muy poco en común, aparte de la prolongada amistad con Jean Brodie, que seguía enseñando en la escuela primaria y que también estaba sometida a un alto grado de sospecha.

La Escuela Marcia Blaine para niñas era una escuela sin internado que había sido parcialmente fundada, a mediados del siglo XIX, por la acaudalada viuda de un encuadernador de Edimburgo. Antes de morir, había sido admiradora de Garibaldi. El retrato de esta señora de aspecto varonil colgaba en el gran vestíbulo de la escuela y, cada Día de la Fundadora, se le rendía homenaje depositando un ramo de flores perecederas, como crisantemos o dalias, en un florero colocado debajo del retrato, sobre un atril en que también reposaba una Biblia abierta con una frase subrayada con tinta roja: «Oh, dónde encontraré una mujer virtuosa, porque su precio está por encima del de los rubíes».

Cada una de las niñas que perdían el tiempo bajo el árbol, hombro con hombro, apiñadas a causa de la cercanía de los chicos, era famosa por algún aspecto en concreto. Monica Douglas, con dieciséis años cumplidos, era una monitora que tenía autoridad sobre otras alumnas, y era famosa, sobre todo, por las matemáticas, debido a su capacidad para resolver las operaciones mentalmente, aunque también por su irascibilidad, que, cuando se le desataba, la llevaba a repartir golpes a diestro y siniestro. Tenía la nariz muy roja, tanto en verano como en invierno, unas trenzas largas y

negras y las piernas gordas como troncos. Desde que cumplió los dieciséis años, Monica llevaba el panamá bastante más alzado de lo normal, encasquetado como si el sombrero fuera demasiado pequeño y como si supiese que resultaba grotesca de todas formas.

Rose Stanley era famosa por su aura sexual. Se colocaba el sombrero de forma bastante discreta sobre su pelo rubio y corto, aunque abollada ambos lados de la copa.

Eunice Gardiner, pequeña pero bien proporcionada, famosa por su vigor gimnástico y por su elegancia al practicar la natación, llevaba el ala del sombrero alzada por delante y caída por detrás.

Sandy Stranger llevaba alzado todo el diámetro del ala de su sombrero, y tan echado hacia atrás que daba la impresión de que iba a volársele. Para que esto no sucediese, le había cosido una cinta elástica que se ajustaba por debajo de la barbilla. A veces, Sandy masticaba ese elástico y, cuando estaba ya demasiado mordido, le cosía uno nuevo. Aunque era conocida por sus ojos pequeños, casi inexistentes, era famosa por la manera como pronunciaba las vocales, una peculiaridad que, mucho tiempo atrás, embelesó a la señorita Brodie.

—Por favor, sal y recítanos algo, porque el día ha sido agotador.

*Ella dejó el paño, dejó el telar,
a través de la estancia dio tres pasos,
vio que su lirio de agua florecía,
contempló el yelmo y contempló la pluma,
dirigió su mirada a Camelot^[1].*

—Esto eleva el espíritu a cualquiera —solía decir la señorita Brodie, con el acompañamiento de un movimiento de la mano que abarcaba a toda la clase, compuesta por unas niñas de diez años impacientes por oír la campana que las liberase—. Donde no hay imaginación, el pueblo perece —les aseguró la señorita Brodie—. Eunice, ven a dar una voltereta para que podamos disfrutar de un toque humorístico.

Pero, en aquel momento, los chicos, apoyados en las bicicletas, se mofaban de Jenny Gray por su manera de hablar, aprendida en las clases de

declamación. Iba a ser actriz. Era la mejor amiga de Sandy. El sombrero lo llevaba con la parte delantera del ala echada bruscamente hacia abajo; era la más guapa y elegante del grupo, y a eso debía su fama.

—Andrew, no seas gamberro —dijo con su tono engreído. Había tres Andrew entre los cinco chicos, y los tres Andrew empezaron a imitarla:

—Andrew, no seas gamberro —mientras las niñas se reían bajo sus panamás oscilantes.

Mary Macgregor, la última componente del grupo, que debía su fama a ser una especie de bulto silencioso, una inutilidad a quien todo el mundo podía reprender, llegó acompañada de una intrusa, Joyce Emily Hammond, la niña de familia riquísima, la delincuente de la escuela, que acababa de ser enviada a Blaine como último recurso, porque ninguna otra escuela ni institutriz alguna podían con ella. Aún llevaba el uniforme verde de la escuela de la que provenía. Las otras llevaban el de color violeta intenso. Hasta ese momento, a lo más que había llegado era a tirar algunas bolitas de papel al maestro de canto. Insistía en que la llamaran por sus dos nombres, Joyce Emily. Esta Joyce Emily se esforzó muchísimo por entrar en el famoso grupo y creyó que los dos nombres la consolidarían como un gran qué, pero no le sirvió de nada y no alcanzó a entender el motivo.

Joyce Emily dijo:

—Ha salido una profesora —y señaló con la cabeza hacia la entrada.

Dos de los Andrew sacaron las bicicletas a la calzada y se fueron. Los otros tres chicos se atrevieron a quedarse, aunque desviaron la mirada, intentando fingir que se habían parado para admirar las nubes que vagaban por Pentland Hills. Las niñas se agruparon, como si estuviesen cotilleando entre ellas.

—Buenas tardes —dijo la señorita Brodie cuando se acercó al grupo—. Hace varios días que no sé de vosotras. Creo que no deberíamos hacer perder el tiempo a estos jóvenes ciclistas. Buenas tardes, chicos.

El famoso grupo se puso en marcha con ella, y Joyce, la advenediza delincuente, las siguió.

—Creo que no me habéis presentado a esta chica nueva —dijo la señorita Brodie, que escrutaba a Joyce. Cuando se la presentaron, le dijo—:

Querida, aquí nos despedimos. Nosotras tenemos que seguir nuestro camino.

Sandy volvió la mirada y vio cómo se alejaba Joyce Emily; luego dio un salto, demasiado patilarga y descontrolada para su edad, y se unió al grupo de Brodie, que preservaba así ese secretismo que mantenía desde seis años atrás, cuando sus componentes aún estaban en la infancia.

—Colmaré vuestras jóvenes cabezas de viejas sabidurías —les había dicho en aquella época la señorita Brodie—. Todas mis alumnas son *la crème de la crème*.

Sandy miró con sus ojitos apretados la enrojecidísima nariz de Monica y recordó aquellas frases mientras seguía la estela del grupo de la señorita Brodie.

—Jovencitas, me gustaría que vinierais a cenar mañana —dijo la señorita Brodie—. Aseguraos de no adquirir otro compromiso.

—El grupo de teatro... —murmuró Jenny.

—Busca una excusa —dijo la señorita Brodie—. Necesito que me deis vuestra opinión acerca del nuevo complot que se está tramando para forzar mi dimisión. Ni que decir tiene que no dimitiré.

A pesar de la contundencia de aquellas palabras, las dijo de manera tranquila, como era su costumbre.

La señorita Brodie jamás comentaba sus asuntos con los demás miembros del profesorado, sino tan solo con aquellas antiguas alumnas a las que había instruido desde el principio para que respetasen sus confidencias. Con anterioridad, habían tratado de despedirla de Blaine, pero todas aquellas conjuras se habían visto frustradas.

—De nuevo se me ha sugerido que debería solicitar un puesto en una de esas escuelas progresistas, donde mis métodos resultarían más apropiados que en Blaine. Pero yo no solicitaré ningún puesto en una escuela elitista. Me quedaré en esta fábrica educativa. Por fuerza tiene que haber al menos una niña a la que yo le sirva de levadura. Dadme una niña que esté en una edad influenciabile y será mía de por vida.

El grupo de Brodie sonrió y cada cual interpretó aquellas palabras de un modo distinto.

La señorita Brodie hizo brillar sus ojos castaños para reforzar de manera elocuente su bajo tono de voz. Tenía un aspecto imponente con su bronceado perfil romano recortado por el sol. El grupo de Brodie no dudó ni por un instante que ella se impondría. Tan raro sería que Julio César solicitara un trabajo en una escuela progresista como que lo hiciese la señorita Brodie. Jamás dimitiría. Si las autoridades escolares querían deshacerse de ella, tendrían que asesinarla.

—¿Quiénes están en la pandilla ahora? —preguntó Rose, famosa por su atractivo sexual.

—Mañana por la noche hablaremos de las personas que están en contra de mí —dijo la señorita Brodie—. Pero dad por seguro que no se saldrán con la suya.

—No —dijeron todas—. Desde luego que no.

—No al menos mientras yo esté en la flor de la vida —dijo—. Estos son mis años de plenitud. Recordad lo que os digo: es importante saber reconocer cuáles son los mejores años de la vida de cada cual. Aquí viene ya mi tranvía. Mucho me temo que no encontraré asiento. Estamos en 1936. La época de la caballeridad es ya cosa del pasado.

Seis años antes, la señorita Brodie había llevado al jardín a las nuevas alumnas para darles una clase de historia bajo un gran olmo. Mientras cruzaban los pasillos de la escuela, pasaron por delante del despacho de la directora. La puerta estaba abierta de par en par y en la habitación no había nadie.

—Niñitas, venid a ver esto —dijo la señorita Brodie.

Se agruparon en torno a la puerta abierta, mientras ella señalaba un gran cartel que estaba clavado con chinchetas en la pared de enfrente. Era el retrato de un hombre. Al pie se leía el siguiente lema: «La seguridad es lo primero».

—Es Stanley Baldwin, que fue primer ministro y que dejó el poder hace poco —precisó la señorita Brodie—. La señorita Mackay lo tiene colgado en la pared porque está convencida de que la seguridad es lo primero. Pero

la seguridad no es lo primero. La Bondad, la Verdad y la Belleza están por delante. Seguidme.

Ese fue el primer indicio que tuvieron las niñas de la diferencia existente entre la señorita Brodie y el resto del profesorado. De hecho, para algunas de ellas era la primera vez que se daban cuenta de que era posible que los adultos que ejercían la autoridad pudieran diferir entre sí por completo. Tomando nota mental de esto, y con el sentimiento estimulante de hallarse en el tenue fragor de una batalla, aunque al margen de todo peligro, siguieron a la temeraria señorita Brodie hasta la sombra segura del olmo.

A menudo, aquel otoño soleado, cuando el tiempo lo permitía, las niñas recibían sus clases sentadas en tres bancos colocados alrededor del olmo.

—Mantened los libros levantados —les advertía con frecuencia la señorita Brodie a lo largo de aquel otoño—. Sostenedlos en las manos, por si acaso aparece algún intruso. Si viene alguien, estamos dando nuestra lección de historia... O de poesía... O de gramática inglesa.

Las niñas sostenían sus libros, pero no con los ojos puestos en ellos, sino en la señorita Brodie.

—Mientras tanto, os contaré cómo pasé las vacaciones del verano pasado en Egipto. Os hablaré del cuidado de la piel y de las manos. Del joven francés que conocí en el tren que me llevaba a Biarritz. Y debo hablaros de las pinturas italianas que vi. ¿Cuál es el más grande de los pintores italianos?

—Leonardo da Vinci, señorita Brodie.

—Respuesta equivocada. La respuesta correcta es Giotto. Es mi favorito.

Algunos días, a Sandy le parecía que el pecho de la señorita Brodie era liso, sin protuberancia alguna, sino recto como su espalda. Otros días, su pecho adquiría formas rotundas y apariencia voluminosa, circunstancia que hacía que Sandy se sentase a escrutarla con sus ojos diminutos, mientras la señorita Brodie, en los días en que daba las clases dentro, permanecía erguida con su cabeza morena bien alta, mirando por la ventana y hablando como si fuese Juana de Arco.

—Os he dicho muchas veces, y las vacaciones pasadas así me lo han corroborado, que mi plenitud ha comenzado de verdad. Ese sentimiento de plenitud es muy escurridizo. Vosotras, niñas, cuando os hagáis mayores, tenéis que estar atentas para poder reconocer vuestra plenitud, pues os puede llegar en cualquier momento de la vida. Entonces tenéis que vivirla al máximo. Mary, ¿qué tienes debajo del pupitre? ¿Qué estás mirando?

Mary se sentaba como si fuese un bulto y era demasiado tonta como para inventarse algo. Era demasiado tonta incluso para inventarse una mentira, porque no sabía fingir.

—Estoy leyendo una historieta cómica, señorita Brodie —contestó.

—¿Quieres decir una comedia, una farsa?

Todas se rieron tontamente.

—Un tebeo —dijo Mary.

—Caramba, un tebeo. ¿Qué edad tienes?

—Diez años, señorita.

—Ya eres mayorcita para leer tebeos. Dame eso.

La señorita Brodie echó un vistazo a las hojas coloreadas.

—Caramba, Tiger Tim's —dijo, y tiró el tebeo a la papelera. Al darse cuenta de que todas las miradas se posaron en él, lo cogió de la papelera, lo hizo pedazos sin contemplaciones y lo volvió a tirar.

—Niñas, prestad atención. La plenitud es ese momento en que se realiza aquello para lo que nacimos. Ahora que mi plenitud ha llegado... Sandy, estás distraída. ¿De qué he estado hablando?

—De su plenitud, señorita Brodie.

—Si viniera alguien en el transcurso de la siguiente clase, recordad que es la hora de gramática inglesa —avisó la señorita Brodie—. Mientras tanto, os contaré algo de mi vida, de cuando era más joven, aunque tenía seis años más que aquel hombre.

Se apoyó en el olmo. Era uno de los últimos días del otoño y las hojas se desprendían por las pequeñas ráfagas de viento. Caían sobre las niñas, que agradecían aquel pretexto para poder moverse sin ser amonestadas y

para sacudirse a sus anchas las hojas que se les posaban en la falda y en el pelo.

—La estación de las neblinas y de la fertilidad madura. Al principio de la guerra, estaba prometida con un joven, pero murió en la batalla de Flandes —dijo la señorita Brodie—. Sandy, ¿estás pensando en hacer la colada?

—No, señorita Brodie.

—Lo digo porque estás arremangada. No estoy dispuesta a tratar con niñas que se suben las mangas de la camisa, por muy buen tiempo que haga. Bájalas ahora mismo. Somos personas civilizadas... Él murió una semana antes de que se declarase el Armisticio. Cayó como cae una hoja en el otoño, aunque tan solo tenía veintidós años. Cuando volvamos dentro, veremos en el mapa dónde está Flandes y el sitio donde mi amor fue enterrado antes de que vosotras hubieseis nacido. Era pobre, un campesino de Ayrshire, pero a la vez un alumno muy trabajador y muy inteligente. Cuando me pidió que me casara con él, me dijo: «Tendremos que beber agua y andar despacio». Esa era la manera campesina de Hugh de expresar que llevaríamos una vida apacible. Beberemos agua y andaremos despacio. Rose, ¿qué significa esa expresión?

—Que llevarían una vida tranquila, señorita Brodie —respondió Rose Stanley, que seis años más tarde se ganaría una gran reputación por su aura erótica.

La historia del novio asesinado de la señorita Brodie iba tomando forma cuando vieron que la directora, la señorita Mackay, avanzaba sobre el césped en dirección a ellas. De los ojos de cerdito de Sandy ya habían empezado a brotar algunas lágrimas, y aquellas lágrimas conmovieron a su amiga Jenny, más tarde famosa en la escuela por su belleza, que sollozó y se tanteó la pierna para sacarse el pañuelo de los pololos.

—A Hugh lo mataron una semana antes del Armisticio. Después de aquello hubo elecciones generales y el pueblo gritaba: «¡Colgad al káiser!». Desde su tumba, Hugh recibió honores de héroe.

Rose Stanley había empezado a llorar. Sandy movió los ojos húmedos hacia un lado y vio cómo avanzaba por el césped la señorita Mackay, con la cabeza y los hombros echados hacia delante.

—Solo he venido a saludaros y me voy enseguida —dijo—. ¿Por qué estáis llorando, pequeñas?

—Se han emocionado por algo que les estaba contando. Estamos en clase de historia —dijo la señorita Brodie, sosteniendo delicadamente una hoja caída mientras hablaba.

—¡Unas niñas de diez años llorando por un hecho histórico! —exclamó la señorita Mackay. Las niñas se habían puesto de pie de un modo desordenado, aturdiditas aún por la imagen del guerrero Hugh—. Solo he venido a saludaros y me voy enseguida. Bueno, niñas, el nuevo trimestre ha empezado. Espero que todas os lo hayáis pasado muy bien durante las vacaciones veraniegas y tengo muchas ganas de leer la redacción que tendréis que escribir sobre ese tema. No deberíais llorar por un hecho histórico a vuestra edad. ¡Qué tontería!

—Hicisteis bien en no contestar la pregunta que os hizo —dijo la señorita Brodie a la clase cuando la señorita Mackay se fue—. Cuando se está en un apuro, es mejor no decir ni una palabra, ni sí ni no. El habla es de plata, pero el silencio es de oro. Mary, ¿estás prestando atención? ¿De qué estoy hablando?

Mary Macgregor, toda bulto, con solo dos ojos, una nariz y una boca, como un muñeco de nieve, que más tarde sería famosa por ser boba y porque siempre la reprendían, y que perdió la vida a los veintitrés años en el incendio de un hotel, se aventuró a decir:

—Del oro.

—¿Qué he dicho que era de oro?

Mary echó una mirada a su alrededor y hacia arriba. Sandy le susurró «Las hojas que caen».

—Las hojas que caen —contestó Mary.

—Está claro que no prestabas atención —dijo la señorita Brodie—. Pequeñas, si me prestaseis atención, os convertiría en *la crème de la crème*.

2

Mary Macgregor, aunque ya había cumplido veintitrés años, nunca se dio cuenta del todo de que las confidencias que Jean Brodie les hizo jamás las compartió con el resto del profesorado y de que su historia de amor tan solo les fue revelada a sus alumnas. No había pensado mucho en Jean Brodie, que en realidad nunca le cayó mal, hasta que, un año después de la declaración de la segunda guerra mundial, Mary se unió al voluntariado femenino del ejército británico y su forma torpe e incompetente de trabajar empezó a granjearle todo tipo de amonestaciones. En una ocasión en que se sintió una completa desdichada (cuando su primer y último novio, un cabo al que había conocido hacía dos semanas, la abandonó y nunca más volvió a acercarse a ella, por faltar a una cita), hizo memoria para comprobar si alguna vez había sido feliz de verdad a lo largo de su vida. Entonces se le ocurrió que los primeros años que había pasado con la señorita Brodie, cuando se sentaba a escuchar todas aquellas historias y opiniones que no tenían nada que ver con el mundo corriente, habían sido los momentos más felices de su existencia. Fue un pensamiento fugaz, y nunca más volvió a acordarse de su antigua maestra, sino que superó su sufrimiento y volvió a sumirse en su acostumbrado desconcierto perezoso, hasta que encontró la muerte, mientras estaba de permiso en Cumberland, en el incendio de un hotel. De acá para allá, corría Mary Macgregor por los pasillos, a través del humo espeso. Corría hacia un lado, después se volvía y corría hacia el otro, pero las llamas ascendentes del fuego siempre la encontraban. No oyó gritos, porque los ahogaba la crepitación del fuego; ella no gritó, porque el humo la asfixiaba. Tropezó con alguien cuando recorría por tercera vez el pasillo, dio un traspié y murió. Pero al principio de los años treinta, cuando

Mary Macgregor tenía diez, allí estaba ella, sentada entre las alumnas de la señorita Brodie, sin enterarse de nada.

—¿Quién ha derramado tinta en el suelo? ¿Has sido tú, Mary?

—No lo sé, señorita Brodie.

—Apostaría a que has sido tú. Jamás me he topado con una niña tan patosa. Y si no puedes interesarte por lo que digo, por favor, intenta fingir al menos que lo haces.

Aquellos fueron los días que Mary Macgregor, al mirar hacia atrás, comprendió que habían sido los más felices de su vida.

Ya en aquella época, Sandy Stranger tuvo la sensación de que aquellos habrían de ser los días más felices de su vida, y, en la celebración de su décimo cumpleaños, así se lo expresó a Jenny Gray, su mejor amiga, a la que había invitado a tomar el té en su casa. La novedad especial de la fiesta eran los daditos de piña con nata y la novedad especial del día era que las niñas podían hacer lo que quisieran. Para Sandy, el exotismo de la piña representaba el sabor y la apariencia auténtica de la felicidad y fijaba con mucha atención sus pequeños ojos en los daditos de color dorado pálido antes de cogerlos con la cuchara y llevárselos a la boca, y pensaba que aquella acidez en su lengua era el gusto de una felicidad exclusiva que no tenía nada que ver con el comer y que era distinta a la que le provocaba el goce inconsciente de los juegos. Las dos niñas dejaban la nata para el final y se la comían a cucharadas.

—Niñitas, vais a llegar a ser la crème de la crème —dijo Sandy, y Jenny escupió la nata en el pañuelo.

—¿Sabes? Creo que estos serán los días más felices de nuestra vida —dijo Sandy.

—Sí, siempre nos están diciendo eso —dijo Jenny—. Nos dicen: aprovechad al máximo vuestros años colegiales, porque nunca se sabe lo que puede pasar.

—La señorita Brodie dice que la plenitud es aún mejor —añadió Sandy.

—Sí, pero nunca se ha casado como lo han hecho nuestros padres.

—Ellos no tienen plenitud —dijo Sandy.

—Tienen relaciones sexuales —dijo Jenny.

Las niñas se callaron, porque ese era todavía un pensamiento maravilloso que habían descubierto hacía poco y por mera casualidad. La frase misma y lo que tal frase significaba eran algo novedoso para ellas. Algo del todo increíble. Sandy dijo:

—El señor Lloyd tuvo un bebé la semana pasada. Debe de haber cometido una relación sexual con su esposa.

Esa idea resultaba más fácil de asimilar, y se rieron de buena gana tras las servilletas de papel color rosa. El señor Lloyd era el profesor de dibujo de las alumnas de la escuela secundaria.

—¿Te imaginas cómo ocurrió? —susurró Jenny.

Sandy apretó los ojos, haciéndolos aún más pequeños de lo que ya eran, en un esfuerzo por imaginarse la situación.

—Él llevaría puesto el pijama —le susurró ella a su vez.

Las niñas se rieron con regocijo al imaginarse al manco señor Lloyd entrando en la escuela, con su seriedad característica, dando grandes zancadas.

De repente, Jenny dijo:

—Se hace sin pensarlo. Así es como ocurre.

Jenny era una fuente fiable de información porque hacía poco que se había descubierto que la joven empleada de la tienda de comestibles de su padre estaba embarazada, y Jenny había captado algunos comentarios escandalizados referidos al asunto. Tras haber confiado sus descubrimientos a Sandy, ambas se embarcaron en lo que dieron en llamar *una investigación*, atando los cabos sueltos a partir de ciertas conversaciones oídas indebidamente por casualidad, así como valiéndose de algunas entradas de los grandes diccionarios.

—Todo ocurre en un abrir y cerrar de ojos —dijo Jenny—. A Teenie le ocurrió cuando paseaba con su novio por Puddocky. Por eso tuvieron que casarse.

—Imagínate que el deseo se le hubiese ido cuando ella se quitó la ropa —dijo Sandy. Sin duda, con «ropa» se refería en realidad a las bragas, pero la palabra «bragas» resultaba una grosería en aquel contexto científico.

—Sí, eso es lo que yo no puedo comprender —dijo Jenny.

La madre de Sandy se asomó a la puerta y preguntó:

—¿Os divertís, queridas?

Por encima de su hombro apareció la cabeza de la madre de Jenny.

—¡Caramba! —dijo la madre de Jenny al ver la mesita de té—. ¡Sí que han comido con ganas!

Sandy se sintió ofendida y menospreciada por ese comentario. Era como si la comida hubiese sido el principal motivo de la fiesta.

—¿Qué os gustaría hacer ahora? —preguntó la madre de Sandy.

Sandy le echó a su madre una mirada de furia contenida que quería decir: prometiste dejarnos disfrutar a nuestro aire, y una promesa es una promesa. Sabes que está muy mal romperle una promesa a una niña. Podrías arruinar toda mi vida por romper tu promesa. Es el día de mi cumpleaños.

La madre de Sandy se dio la vuelta y se llevó con ella a la madre de Jenny.

—Dejémoslas que disfruten —dijo—. Que os divirtáis mucho, queridas.

A veces, Sandy se avergonzaba de su madre porque, al ser inglesa, la llamaba «querida» en vez de «cariño»; que era la palabra que utilizaban las madres de Edimburgo, y porque tenía un ostentoso abrigo de invierno adornado con una estola de piel de zorro, como el de la duquesa de York, mientras que las demás madres llevaban uno de *tweed* o, como mucho, de piel de civeta, que les servía para todas las estaciones del año.

Como había llovido bastante y el terreno estaba demasiado mojado para salir a jugar al jardín, las niñas se quedaron en la habitación y arrinconaron la mesita de té con todos los vestigios de la fiesta. Sandy abrió la tapa de la banqueta del piano y sacó un cuaderno que tenía oculto entre dos partituras. En la primera página del cuaderno había escrito:

LA MONTAÑA DE LAS ÁGUILAS
por
SANDY STRANGER Y JENNY GRAY

Se trataba de una narración inconclusa sobre Hugh Carruthers, el amado de la señorita Brodie. Según aquella historia, no había muerto en la guerra, sino que el telegrama estaba equivocado. Había vuelto del frente y, cuando

fue al colegio para preguntar por la señorita Brodie, la primera persona con la que se encontró fue la señorita Mackay, la directora, quien le dijo que la señorita Brodie no quería verlo porque amaba a otro hombre. Con una sonrisa amarga y desabrida, Hugh volvió sobre sus pasos y fue a refugiarse en la alta cumbre de una montaña, donde, envuelto en una chaqueta de piel, lo descubrieron Sandy y Jenny. En aquel momentoo concreto de la narración, Hugh tenía cautiva a Sandy, porque Jenny se había escapado durante la noche e intentaba encontrar el camino de vuelta descendiendo por la ladera de la montaña en medio de la oscuridad. Hugh se disponía a perseguirla.

Sandy cogió un lápiz del cajón del aparador y continuó escribiendo:

«¡Hugh!» le suplicó Sandy. «Le juro por todo lo que para mí es sagrado que la señorita Brodie nunca ha amado a ningún otro hombre y que le aguarda allá abajo, en toda su plenitud, rezando y esperando su regreso. Si permite que Jenny se vaya, le traerá a su enamorada, Jean Brodie, y la verá con sus propios ojos, y la estrechará entre sus brazos, tras estos doce largos años y un día de separación».

Los ojos negros de Hugh brillaron a la luz de la lámpara del cobertizo. «¡Atrás, niña!»; gritó. «No me obstruyas el paso. Sé muy bien que la jovencita Jenny revelará mi paradero a mi antigua prometida, que se ha burlado de mí. Sé muy bien que las dos sois unas espías enviadas por ella para burlaros de mí. ¡Te he dicho que te apartes de la puerta!».

«¡Jamás!», dijo Sandy, apostando su joven cuerpecito justo delante de la cerradura y tapando el pestillo con el brazo. Sus grandes ojos se iluminaron con una luz celeste de súplica.

Sandy le dio el lápiz a Jenny.

—Es tu turno —le dijo.

Jenny escribió:

De un empujón, la arrojó a lo más profundo del cobertizo y, dando zancadas, salió a la luz de la luna, sin importarle el espeso manto de nieve.

—Di algo sobre las botas —le propuso Sandy.

Jenny escribió: «*Sus botas altas brillaron a la luz de la luna*».

—Hay demasiados «a la luz de la luna»; pero lo arreglaremos más adelante, cuando vaya a publicarse —dijo Sandy.

—¡Sandy, esto es un secreto! —dijo Jenny.

—Ya lo sé. No te preocupes, no la publicaremos hasta que alcancemos nuestra plenitud.

—¿Crees que la señorita Brodie llegó a tener alguna relación sexual con Hugh? —preguntó Jenny.

—Habría tenido un bebé, ¿no?

—No lo sé.

—No creo que hiciesen nada de eso —dijo Sandy—. Su amor estaba por encima de todo.

—La señorita Brodie dijo que se abrazaron apasionadamente en el último permiso del que él disfrutó.

—Pero no creo que llegaran a quitarse la ropa —dijo Sandy—. ¿Tú lo crees?

—No. No me lo imagino —dijo Jenny.

—A mí no me gustaría tener relaciones sexuales —dijo Sandy.

—A mí tampoco. Me casaré con una persona pura.

—Toma un *toffee*.

Sentadas en la alfombra, se comieron los caramelos. Sandy echó leña al fuego y la luz se avivó, reflejándose en los tirabuzones de Jenny.

—Seamos brujas junto a la hoguera, como lo fuimos en Halloween.

Se sentaron a media luz, comieron caramelos y ensayaron hechizos de brujas. Jenny dijo:

—Hay una estatua de un dios griego desnudo de cuerpo entero en el museo. La vi el sábado pasado por la tarde, pero estaba con tita Kate y no pude *mirarla* bien.

—Vayamos el domingo que viene al museo —sugirió Sandy—. Se trata de nuestra investigación.

—¿Te dejarían ir sola conmigo?

Sandy, a la que no le permitían salir ni andar por ahí sin la compañía de un adulto, dijo:

—Creo que no. Quizá podríamos encontrar a alguien que nos llevase.

—Podríamos sugerírselo a la señorita Brodie.

La señorita Brodie solía llevar a las niñas a las galerías de arte y a los museos, así que esa idea parecía factible.

—Pero supón —dijo Sandy— que no nos dejase mirar la estatua porque está desnuda.

—No creo que se fije en si está desnuda o no —dijo Jenny—. Sencillamente, no mirará su cosita.

—Lo sé —dijo Sandy—. La señorita Brodie está por encima de todo eso.

Había llegado la hora de que Jenny regresara a casa con su madre, atravesando el puente del Deán en el tranvía que habría de trasladarlas por el encantado noviembre crepuscular de Edimburgo. Sandy la despidió desde la ventana y se preguntó si Jenny, al igual que ella, tenía la sensación de llevar una doble vida, tan llena de problemas que ni siquiera un millonario sería capaz de afrontarlos. Era bien sabido que los millonarios llevaban una doble vida. El periódico vespertino entró en el buzón como lo haría una serpiente de cascabel y en la casa, de pronto, se instauró un clima general de seis de la tarde.

A las cuatro menos cuarto, la señorita Brodie recitaba poemas en clase con el propósito de elevar el espíritu de las niñas antes de que regresasen a casa. Mientras leía, la maestra entornaba los ojos y echaba hacia atrás la cabeza:

*Al soplo huracanado del levante,
los bosques sin color languidecían;
las aguas lamentábanse en la orilla;
con un cielo plomizo y bajo, estaba*

lloviendo en Camelot la de las torres.

Sandy, con los labios apretados, observaba a la señorita Brodie con sus ojitos claros, aún más empequeñecidos de tanto forzar la mirada.

Rose Stanley estaba arrancando unas hebras del ceñidor de su túnica de gimnasia. Jenny, que nunca se aburría, oía el poema embelesada y boquiabierta. Sandy tampoco se aburría, aunque, para no aburrirse, tenía que inventarse una vida paralela.

*Ella descendió y encontró una barca,
bajo un sauce flotando entre las aguas,
y en torno de la proa dejó escrito*

La dama de Shalott.

«¿Con qué escribió su señoría esas palabras?», preguntó mentalmente Sandy con los labios fuertemente apretados.

«En la herbosa ribera del río había por casualidad un bote de pintura blanca y un pincel», respondió cortésmente la dama de Shalott. «Sin duda alguna, los dejó allí algún desempleado irresponsable».

«¡Qué triste, y debajo de aquel chaparrón!»; se dijo Sandy, a falta de algo mejor, mientras la voz de la señorita Brodie ascendía hasta el techo y flotaba ondulante entre los pies de las niñas de secundaria que estaban en el piso de arriba.

La dama de Shalott apoyó una mano pálida en el hombro de Sandy y escrutó a la señorita Brodie durante un rato. «¡Que una persona tan joven y tan hermosa haya sido tan desafortunada en el amor!», musitó con pesadumbre.

—¿Se puede saber qué significan esas palabras? —gritó Sandy alarmada, con la boca apretada y los ojitos arrugados fijos en la señorita Brodie.

La señorita Brodie le preguntó:

—Sandy, ¿te duele algo?

Sandy pareció asombrarse.

—Niñas —dijo la señorita Brodie— debéis aprender a mantener la compostura. Esa es una de las mayores virtudes que puede tener una mujer,

la compostura, tanto en lo bueno como en lo malo. ¡Observad el retrato de Mona Lisa!

Todas volvieron la cabeza para ver la reproducción que la señorita Brodie se había traído de uno de sus viajes y que había clavado con chinchetas en la pared. La Mona Lisa, en la plenitud de la vida, sonreía con una serenidad imperturbable, aunque acabase de volver del dentista y tuviese la mandíbula inferior inflamada.

—Es más vieja que las rocas en que está sentada. Ojalá me hubiese hecho cargo de vosotras cuando teníais siete años. A veces, me temo que ya es demasiado tarde. Si hubieseis sido mías cuando teníais siete años, habríais llegado a ser *la crème de la crème*. Sandy, sal a leer algunas estrofas para que todas podamos disfrutar de tus sonidos vocálicos.

Sandy, que era medio inglesa, sacaba el máximo partido a la pronunciación de las vocales. Era lo único que le daba fama. Rose Stanley aún no era famosa por su aura sexual y no fue ella, sino Eunice Gardiner, quien se acercó a Sandy y a Jenny con una Biblia para señalarle las siguientes palabras: «La criatura se removió dentro del útero de la madre». Sandy y Jenny le dijeron que era una cochina y amenazaron con delatarla. Jenny ya era famosa por su belleza y, como tenía una voz muy dulce, el señor Lowther, que había sido contratado para enseñar canto, la observaba con admiración mientras ella cantaba aquello de «Ven a ver cómo la primavera de corazón dorado...», y le tiraba de los tirabuzones con osadía manifiesta, teniendo en cuenta que la señorita Brodie siempre permanecía junto a las alumnas durante las clases de canto. Daba un tirón a los tirabuzones de Jenny y miraba a la señorita Brodie como un niño que presume de sus travesuras, se diría que examinándola para comprobar si le censuraba aquel comportamiento, tan escasamente edimburgués.

El señor Lowther era bajito, de torso largo y patiocorto. Tenía el pelo y el bigote de un rubio rojizo. Hacía pantalla con la mano detrás de la oreja y se inclinaba sobre las niñas para examinarles la voz. «¡Entona ah!».

Y Jenny entonaba un «¡ah!» agudo y puro como el de la sirena de las islas Hébridas de la que Sandy le había hablado. Pero con el rabillo del ojo intentaba buscar la mirada de su amiga.

La señorita Brodie sacó a las niñas de la sala de música y, tras agruparlas en torno a ella, les dijo:

—Vosotras sois mi vocación. Si mañana recibiese una proposición de matrimonio por parte de Lord Lyon King of Arms^[2], la rechazaría. En la plenitud de mi vida estoy consagrada a vosotras. Ahora, por favor, formad una fila india y caminad con la cabeza alta, tan alta como la llevaría la gran actriz Sybil Thorndlike, una mujer de porte noble.

Sandy echó la cabeza hacia atrás, apuntó su nariz pecosa al aire y fijó sus ojos de cerdito en el techo, mientras avanzaba dentro de la fila.

—Sandy, ¿qué estás haciendo?

—Caminar como Sybil Thorndlike, señorita.

—Algún día llegarás muy lejos.

Sandy pareció dolida y desconcertada.

—Sí —dijo la señorita Brodie—, te estoy analizando, Sandy. Aprecio en ti una naturaleza frívola. Me temo que nunca pertenecerás a la élite de la vida, o dicho de otra manera, a la *crème de la crème*.

Cuando regresaron a la clase, Rose Stanley dijo:

—Me he manchado la blusa de tinta.

Ve a la clase de ciencias y límpiala con quitamanchas, pero recuerda que el quitamanchas es muy malo para el tusor.

A veces, las niñas se hacían aposta una pequeña mancha de tinta en la manga de la blusa de tusor para que las enviasen a la clase de ciencias, que estaba en la zona de secundaria. Allí, una profesora fascinante, una tal señorita Lockhart, vestida con una bata blanca, con el pelo gris y corto peinado hacia atrás, formando ondas y dejando al descubierto una cara de golfista bronceada y curtida, cogía un frasco grande y vertía una pequeña gota de un líquido blanco en un algodón. Sin decir nada, cogía a la niña por el brazo y, absorta en lo que hacía, aplicaba con unos golpecitos leves el algodón humedecido a la manga manchada de tinta. Rose Stanley se manchaba la blusa de tinta y acudía a la clase de ciencias únicamente porque se aburría, pero Sandy y Jenny se manchaban la blusa de tinta en discretos intervalos de cuatro semanas para que la señorita Lockhart las cogiese del brazo, pues les daba la impresión de que su persona estaba aureolada de un halo de aire puro que, estuviese ella donde estuviese,

envolvía aquella clase que olía de una manera tan extraña. Aquella enorme clase era su espacio natural, aunque, para Sandy, la señorita Lockhart perdió algo de su excepcionalidad el día en que la vio salir de la escuela vestida con un traje de *tweed* tableado para dirigirse a su coche deportivo de la misma manera como lo habría hecho cualquier otra profesora corriente y moliente.

Pero, en la clase de ciencias, la señorita Lockhart era para Sandy algo aparte, rodeada por aquellas tres hileras de mesas largas donde se exhibían frascos medio llenos de cristales, de polvos y de líquidos de colores (ocre, bronce, gris metálico y azul cobalto), recipientes de cristal de formas curiosas, unos bulbosos, otros similares a cañones de cachimba. Solo una vez tuvo Sandy la oportunidad de ver cómo se desarrollaba una clase de ciencias. Las niñas de secundaria, las niñas crecidas, algunas de ellas con pechos abultados, trabajaban en parejas delante de llamas de mecheros de gas. Sostenían con la mano un tubo de cristal lleno de una sustancia verde y lo hacían bailar en la llama. Docenas de bailarines tubos verdes y de llamas a lo largo de las mesas. Las altas copas de los árboles deshojados peinaban las ventanas de esa gran habitación y, al otro lado, estaba el frío cielo invernal, presidido por un enorme sol rojo. Sandy, en aquella ocasión, tuvo la presencia de ánimo suficiente para recordar que los años de escuela iban a ser, en teoría, los más felices de su vida y le llevó a Jenny la fascinante noticia de que la escuela de secundaria iba a ser algo maravilloso y de que la señorita Lockhart era fabulosa.

—Todas las niñas, en la clase de ciencias, hacen lo que les gusta, y lo que les gusta es precisamente lo que tienen la obligación de hacer —dijo Sandy.

—Nosotras hacemos muchas cosas que nos gustan en la clase de la señorita Brodie —dijo Jenny. Mi madre dice que la señorita Brodie nos da demasiada libertad.

—No debería darnos libertad, se supone que tiene que darnos clase —dijo Sandy. Pero la clase de ciencias es opcional, y allí se les da libertad a las niñas.

—Bueno, a mí me gusta estar en la de la señorita Brodie —dijo Jenny.

—A mí también —dijo Sandy—. Mi madre dice que se interesa mucho por nuestra cultura general.

De todas formas, las visitas al aula de ciencias eran la alegría más secreta de Sandy y calculaba con mucho cuidado los intervalos entre una mancha de tinta y otra, pues no quería que la señorita Brodie sospechase que las manchas no eran accidentales. Cuando se hacía una mancha, la señorita Lockhart le cogía el brazo y humedecía con mucho cuidado la manga de la blusa, mientras Sandy permanecía embelesada ante aquella enorme sala que era el espacio por antonomasia de la profesora de ciencias y ante el *glamour* intrínseco de todo cuanto había allí. Aquel día en que Rose Stanley, después de la clase de canto, fue al aula de ciencias para que la señorita Lockhart le quitase de la blusa una mancha de tinta, la señorita Brodie hizo el siguiente comentario:

—Debéis tener más cuidado con la tinta. Mis alumnas no pueden estar subiendo y bajando de la clase de ciencias a cada rato. Debemos mantener nuestra buena reputación. —Y añadió—: El arte es más importante que la ciencia. El arte es lo primero. La ciencia viene después.

El gran mapa del mundo estaba desenrollado sobre la pizarra, porque había dado comienzo la lección de geografía. La señorita Brodie les dio la espalda con el puntero en la mano para mostrarles dónde estaba Alaska, pero se volvió de nuevo a la clase y dijo:

—El arte y la religión son lo primero, después la filosofía y, por último, la ciencia. Ese es el orden de las grandes materias de la vida. Ese es su orden de preferencia.

Aquel fue el primero de los dos inviernos que aquella clase pasó con la señorita Brodie. Corría el año de 1931. La señorita Brodie ya había seleccionado a sus favoritas o, mejor dicho, a aquellas niñas en quienes podía confiar... O, mejor dicho aún, a aquellas de cuyos padres podía tener la certeza de que no presentarían ninguna queja sobre los aspectos más avanzados y sediciosos de su política educativa, bien porque eran demasiado cultos o demasiado incultos como para quejarse, bien porque eran demasiado respetuosos por tener la suerte de que sus hijas estudiaran

en una escuela parcialmente subvencionada o bien porque eran demasiado ingenuos para cuestionar el valor de lo que sus hijas aprendían en aquella escuela de sólida reputación. La señorita Brodie invitaba a su casa a las niñas especiales a tomar el té, les ordenaba que no se lo dijeran a las demás niñas de la clase y les hacía confidencias. De esa manera, llegaron a conocer su vida privada, así como su enemistad con la directora y con sus aliadas, y se enteraron de las dificultades con las que había tropezado la señorita Brodie por dedicarse a ellas como educadora. «Lo hago por vuestro bien. Los mejores años de mi vida van a ejercer una gran influencia en vosotras».

Aquel fue el origen del grupo de Brodie. Al principio, Eunice Gardiner era tan reservada que resultaba difícil saber por qué la señorita Brodie había decidido que formase parte del grupo. Pero, con el tiempo, empezó a amenizar las reuniones practicando acrobacias sobre la alfombra. «Eres toda un Ariel, un espíritu etéreo»; le decía la señorita Brodie. Y luego Eunice empezó a participar en el charloteo. Los domingos no podía dar volteretas porque, en muchos aspectos, la señorita Brodie era una solterona edimburguesa de pura cepa. Eunice Gardiner daba volteretas solo en las reuniones de los sábados, antes de la merienda-cena, o, más tarde, en el suelo de linóleo de la cocina de la señorita Brodie, mientras las otras niñas lavaban los platos y se lamían la miel que les quedaba en los dedos cuando se pasaban el trozo de panal, ya mermado, para guardarlo en la despensa. Una tarde, veintiocho años después de que Eunice hubiese hecho el spagat en el apartamento de la señorita Brodie, convertida ya en enfermera y casada con un médico, le dijo a su marido:

—El año que viene, cuando vayamos al Festival...

—¿Sí?

Estaba tejiendo una manta de lana, aunque en ese instante tiraba de un hilo distinto.

—¿Sí? —repitió él.

—Cuando estemos en Edimburgo —dijo ella—, recuérdame que vaya a visitar la tumba de la señorita Brodie.

—¿Quién era la señorita Brodie?

—Una maestra que tuve, una mujer muy culta. Para ella, el Festival de Edimburgo lo era todo. Nos invitaba a tomar el té en su apartamento y nos hablaba de su plenitud.

—¿Qué plenitud?

—De la plenitud de su vida. Una vez se enamoró de un guía egipcio que conoció en uno de sus viajes y cuando regresó nos lo contó todo. Tenía unas cuantas favoritas. Yo fui una de ellas. Hacía el spagat y la hacía reír, ya me conoces.

—Siempre supe que tu educación fue un poco rara.

—Pero no estaba loca. Era de lo más cuerda. Sabía con exactitud lo que hacía. También nos contó todo sobre su vida amorosa.

—¡Cuéntamelo!

—Oh, es una historia muy larga. Solo era una solterona. Tengo que llevarle flores a la tumba... Me pregunto si podré encontrarla.

—¿Cuándo murió?

—Justo después de la guerra. Por aquella época, ya no ejercía como maestra. Su retirada de la profesión fue una enorme tragedia. La obligaron a jubilarse antes de tiempo. A la directora nunca le gustó. Hay una larga historia asociada a la destitución de la señorita Brodie. Una de sus propias alumnas la traicionó. Nos llamaban el grupo de Brodie. Nunca descubrí quién de nosotras fue la traidora.

Ha llegado el momento de hablar de aquel viernes de marzo en que la señorita Brodie llevó a pasear por la parte vieja de Edimburgo a sus niñas favoritas, vestidas con sus abrigos de color violeta y sus sombreros de velvetón negro, con la copa verde y blanca, porque la calefacción central de la escuela se había averiado y les dijeron a las niñas que se abrigasen bien y se fuesen a casa. El viento soplaba del glacial estuario de Forth y el cielo amenazaba con nieve. Mary Macgregor caminaba junto a Sandy, porque Jenny había vuelto a su casa. Monica Douglas, que acabaría siendo famosa por su habilidad para llevar a cabo operaciones matemáticas mentalmente y también por su irascibilidad, iba detrás de ellas con la cara muy enrojecida, la nariz ancha y unas trenzas morenas que le colgaban por debajo del sombrero negro. Las piernas, ya en forma de tronco, las llevaba enfundadas en unas medias de lana negra. A su lado caminaba Rose Stanley, alta y

rubia, de piel muy pálida, que aún no había ganado fama por su aura sexual, y cuya conversación giraba en torno a trenes, grúas, automóviles, mecanos y otros temas más propios de niños. A ella no le interesaba el funcionamiento de los motores ni las posibilidades constructivas de los mecanos, pero sabía referirse a cada cosa por su nombre específico, estaba al tanto de la variedad de colores con que se podía encontrar en el mercado cada producto, conocía los distintos precios de los juegos de mecano, así como las marcas y los caballos que tenía cada automóvil en particular. También escalaba con mucha energía muros y árboles. Y aunque el gusto de Rose Stanley por esos asuntos, a sus once años, la marcaron como una marimacho, no hicieron mella en su feminidad, y, como si se tratase de una estrategia deliberada, el conocimiento superficial de aquellos temas le resultó de gran utilidad, unos años más tarde, de cara a los chicos.

Junto a Rose caminaba la señorita Brodie, con la cabeza erguida, a la manera de Sybil Thorndike, con su nariz arqueada y arrogante. Llevaba su holgado abrigo de *tweed* marrón con el cuello de castor bien abotonado y el sombrero de fieltro marrón con el ala alzada por un lado y caída por el otro. Detrás de la señorita Brodie iba la última del grupo, la pequeña Eunice Gardiner, que cada dos pasos daba un salto, como si estuviese lista para practicar piruetas en la acera en cuanto la señorita Brodie, dándose la vuelta, le dijese: «¡Ahora, Eunice!». De vez en cuando, la señorita Brodie volvía a quedarse rezagada para hacerle compañía a la niña, a aquella Eunice que, veintiocho años más tarde, diría: «Tengo que visitar la tumba de la señorita Brodie».

Sandy, que había estado leyendo *Secuestrado*, de Robert Louis Stevenson, mantenía una conversación con el héroe, Alan Breck, y se alegraba de estar con Mary Macgregor, porque no hacía falta hablar con ella.

—Mary, trata de hablarle a Sandy en voz baja.

—Sandy no quiere hablarme —dijo Mary, que años más tarde encontraría la muerte en el incendio de aquel hotel, corriendo por los pasillos.

—Sandy no te hablará si sigues siendo tan tonta y antipática. Mary, intenta ponerle al menos buena cara.

«Sandy, tienes que llevar este mensaje corriendo por los brezales a los Macphersons» dijo Alan Breck. «Mi vida depende de ello, y también el destino de la Causa».

«Nunca te fallaré, Alan Breck» proclamó Sandy. «Jamás».

—Por favor, Mary —dijo la señorita Brodie desde atrás, no te quedes rezagada de Sandy.

Sandy seguía en cabeza del grupo, manteniendo un ritmo acelerado, estimulada por Alan Breck, cuyo fervor y gratitud, cuando Sandy se preparaba para partir, a través de los brezos, con el mensaje, habían alcanzado una dimensión conmovedora.

Mary intentaba seguirle el paso. En ese momento, cruzaban los Meadows, un parque público expuesto a fuertes vientos, donde el verde resplandecía bajo un cielo que anunciaba nieve. Se dirigían a la ciudad vieja, porque la señorita Brodie les había dicho que deberían conocer el escenario histórico de la ciudad, y siguiendo su ruta llegaron a Middle Meadow Walk.

Eunice, sola, rezagada del grupo, empezó a saltar a la pata coja, recitando un poema que se repetía a sí misma:

*Edimburgo, Leith,
Portobello, Musselburgh
y Dalkeith.*

Para cambiar después al otro pie:

Edimburgo, Leith...

La señorita Brodie se volvió hacia ella y la hizo callar. Después, llamó la atención a Mary Macgregor, que miraba con fijeza a un estudiante indio que se aproximaba.

—Mary, ¿me harías el favor de caminar ordenadamente?

—Mary —le dijo Sandy—, deja de mirar de esa manera al hombre de color café.

La niña amonestada miró aturdida a Sandy e intentó acelerar el paso. Pero Sandy caminaba de forma irregular, con pequeños saltos hacia delante

y pequeñas paradas, y Alan Breck empezó a cantarle su cancioncilla antes de que ella se dirigiese hacia los brezales para llevar el mensaje que iba a salvar la vida de Alan. Así decía la canción:

*Esta es la canción de la espada de Alan,
el herrero la forjó,
el fuego la templó,
y ahora reluce en la mano de Alan Breck.*

Alan Breck le palmeó el hombro y le dijo: «Sandy, eres una muchacha valiente y tu valor puede equipararse al que pueda poseer cualquier vasallo del rey».

—No vayas tan rápido —masculló Mary.

—No estás andando con la cabeza erguida —le dijo Sandy—. Levántala.

De repente, Sandy quiso ser amable con Mary Macgregor y pensó en las posibilidades que tenía de sentirse bien si era amable con Mary, en lugar de dedicarse a censurarla. La voz de la señorita Brodie, venida desde atrás, le decía a Rose Stanley:

—Todas sois heroínas en potencia. Gran Bretaña es el país idóneo para las heroínas. La Sociedad de Naciones...

La voz de la señorita Brodie la oyó Sandy en el preciso instante en que tenía en la punta de la lengua una palabra amable para Mary Macgregor, y aquello le detuvo el impulso. Sandy volvió la vista hacia sus compañeras y se las figuró como un solo cuerpo del que la señorita Brodie era la cabeza. Ella se vio a sí misma, a la ausente Jenny, a la siempre amonestada Mary, a Rose, a Eunice y a Monica, unidas todas en un instante aterrador, en una sumisión unánime con respecto al destino de la señorita Brodie, como si Dios las hubiese creado para tal fin.

Esa tentación que tuvo de ser amable con Mary Macgregor le aterró incluso más, ya que por ese acto ella misma se aislaría del grupo, haciéndose más solitaria y más susceptible de resultar censurada de un modo más severo del que lo era Mary, que, aunque pasaba por ser la torpe oficial, entraba al menos en la categoría de heroínas futuras que había

establecido la señorita Brodie. Así que, por mantener el buen clima de compañerismo, Sandy le dijo a Mary:

—No estaría caminando *contigo* si Jenny estuviese aquí.

Y Mary le contestó:

—Lo sé.

Entonces Sandy comenzó a odiarse a sí misma de nuevo y a fastidiar a Mary sin parar, con el convencimiento de que si una cosa se hace muchas veces, se convierte en algo bueno. Mary empezó a llorar, pero en silencio, para que la señorita Brodie no se diera cuenta. Sandy ya no pudo aguantarlo más y decidió seguir avanzando con su tranco largo e imaginarse que era una dama casada que discutía con su marido:

«Bien, Colin, es muy duro para una mujer que se fundan los plomos y que no haya un hombre en casa».

«Mi queridísima Sandy, ¿cómo iba a saber...?».

Cuando llegaron al final de los Meadows, se encontraron con un grupo de exploradoras. La camada de la señorita Brodie, excepto Mary, pasó junto a ellas con la mirada al frente. Mary fijó la suya en aquellas niñas mayores que ellas, vestidas de azul oscuro, con su reglamentaria mirada enérgica y con una forma de hablar más desprejuiciada que la que empleaban las niñas de Brodie en presencia de su maestra. Cuando pasaron, Sandy le dijo a Mary:

—Es de mala educación mirar de hito en hito.

Mary le contestó:

—Yo no miraba de esa manera.

Mientras tanto, las otras niñas del grupo le preguntaban a la señorita Brodie qué opinión tenía de las exploradoras infantiles y de las exploradoras juveniles, porque en la escuela primaria había un número considerable de alumnas que eran exploradoras.

—Para quienes les gusta esa clase de cosas —dijo la señorita Brodie con su mejor entonación edimburguesa—, esa es la clase de cosas que les gusta.

De ese modo, dio a entender que las exploradoras, tanto infantiles como juveniles, quedaban descartadas. Sandy recordó la admiración que la señorita Brodie deparaba a las tropas de Mussolini, y le vino también a la

memoria la fotografía que había traído de Italia en la que se veía la marcha triunfante de los camisas negras por las calles de Roma.

—Estos son los fascistas —les había dicho la señorita Brodie, y deletreó la palabra—. Rose, ¿quiénes son estos hombres?

—Los fascistas, señorita Brodie.

Iban uniformados de negro de pies a cabeza y marchaban en formación impecable, con los brazos levantados en un mismo ángulo, mientras Mussolini permanecía de pie en una tribuna, como un profesor de gimnasia o como una instructora de exploradoras, y contemplaba el desfile. Mussolini había acabado con el desempleo con la ayuda de sus fascistas y no había basura en las calles. A Sandy se le pasó por la cabeza que, allí, al final de Middle Meadow Walk, ellas eran las fascistas de la señorita Brodie, y que todas no solo desfilaban a simple vista, sino que lo hacían unidas íntimamente, porque la maestra necesitaba, aunque de otra manera, que ellas desfilasen. Todo eso estaba bien, pero daba la impresión de que en la desaprobación que la señorita Brodie dispensaba a las exploradoras había un componente de envidia, algo contradictorio, un sentimiento de culpa. Quizá las exploradoras eran rivales de los fascistas y la señorita Brodie no podía soportarlo. Sandy contempló la posibilidad de unirse a las exploradoras infantiles. Pero el miedo que le tenía al grupo volvió a frenar sus impulsos y se vio obligada a descartar la idea, porque ella adoraba a la señorita Brodie.

«Nos compenetrarnos muy bien, Sandy» dijo Alan Breck, haciendo crujir con el pie el vaso roto en el suelo ensangrentado de la toldilla del barco. Y, cogiendo un cuchillo de la mesa, cortó uno de los botones de plata de su casaca. «Dondequiera que vayas y muestres este botón»; le dijo, «los amigos de Alan Breck acudirán en tu ayuda».

—Giramos a la derecha —dijo la señorita Brodie.

Se aproximaban a la ciudad vieja, aquella parte de la ciudad que ninguna de las niñas conocía a fondo, porque sus padres no disfrutaban de tanta conciencia histórica como para animarse a llevar a las jovencitas a la apestosa red de suburbios que constituía la ciudad vieja en aquellos años. Canongate, Grassmarket y Lawnmarket eran nombres que presagiaban una

región empañada de crimen y desesperación: «Encarcelado un vecino de Lawnmarket».

Solo Eunice Gardiner y Monica Douglas habían ya atravesado High Street, bajando a pie por la Milla Real desde el Castillo o desde el palacio de Holyrood. Sandy fue una vez a Holyrood en el coche de un tío suyo y vio la cama, demasiado corta y demasiado ancha, en que había dormido Mary, reina de Escocia, y la diminuta habitación, más pequeña que el propio lavadero de su casa, donde la reina había jugado a las cartas con Rizzio, su secretario privado. En aquel momento, se encontraban en Grassmarket, una plaza enorme desde la que se divisaba el Castillo, que lo dominaba todo y que se veía desde todas partes, elevado sobre las casas donde antes vivía la aristocracia. Fue la primera experiencia que Sandy tuvo de sentirse en un país extranjero, en un país que se manifestaba por los olores novedosos, por las formas novedosas y por sus pobres novedosos. Había un hombre sentado en la acera, bajo el frío glacial, allí, sin hacer otra cosa que estar sentado. Una multitud de niños, algunos de ellos sin zapatos, jugaban a pelearse y otros gritaban tras la formación de abrigos violetas, dedicándoles palabras que las niñas del grupo de Brodie no habían oído jamás, aunque sabían que eran palabras sin duda alguna obscenas. Niñas y mujeres con chales entraban y salían de oscuros pasillos y callejones. Sandy se dio cuenta de que, en su desconcierto, había agarrado la mano de Mary y que las demás niñas también iban cogidas de la mano, mientras la señorita Brodie hablaba de historia. Cuando llegaron a High Street dijo:

—John Knox, el autor de la Reforma de la Iglesia escocesa, era un hombre resentido. Nunca se encontró a gusto con la alegre reina francesa. En Edimburgo debemos mucho a los franceses. Somos europeos.

El olor era de lo más espantoso. En mitad de la calle, en la parte alta de High Street, había una multitud reunida.

—Pasad en silencio —dijo la señorita Brodie.

Un hombre y una mujer estaban de pie en medio de una multitud que había formado corro alrededor de ellos. Se estaban gritando y el hombre abofeteó a la mujer dos veces. Otra mujer, muy bajita, con un pelo negro cortado al rape, la cara roja y una boca muy grande, se metió en la discusión y cogió al hombre por el brazo, diciéndole:

—Yo seré tu hombre.

Alguna que otra vez, a lo largo su vida, Sandy había meditado sobre aquella frase, porque estaba segura de que las palabras de la mujer bajita fueron «Seré tu hombre»; no «Seré tu mujer»; y aquello siempre constituyó un misterio para ella.

Y muchas veces, a lo largo de su vida, Sandy supo, con estupor, cuando hablaba con gente que había vivido también su infancia en Edimburgo, que había otro Edimburgo del todo diferente al que ella conoció y que solo lograba identificar por tener en común los nombres de los barrios, de las calles y de sus monumentos. De la misma manera, había gente que vivió de otro modo la década de los treinta. En su mediana edad, cuando por fin pudo recibir un gran número de visitas en el convento (las visitas masivas iban contra las reglas de la congregación, que limitaban el número de visitantes, aunque, a raíz de la publicación de su libro, le fue otorgada una dispensa especial), un hombre le comentó:

—Sor Helena, debimos de ir a la escuela en Edimburgo en la misma época.

Sandy, que por aquel tiempo ya llevaba algunos años convertida en sor Helena de la Transfiguración, agarró los barrotes de la reja, según tenía por costumbre, lo escrutó con sus débiles ojitos y le pidió que le describiese cómo era su escuela, cómo habían sido sus años escolares y el Edimburgo que había conocido. Y, una vez más, resultó que el de él había sido un Edimburgo totalmente diferente del de Sandy. Había estado interno en una escuela fría y gris. Sus profesores fueron ingleses altaneros, «o casi ingleses», precisó el visitante, «que habían sacado la carrera con las peores calificaciones». Sandy no pudo recordar si alguna vez se había preguntado por las calificaciones de sus profesores, y su escuela siempre estuvo iluminada por el sol o, en invierno, por una luz nacarada procedente del norte.

—Pero Edimburgo —dijo aquel hombre—, era una ciudad bonita, más bonita de lo que es ahora. Claro que ya han desalojado los suburbios. La ciudad vieja fue siempre mi favorita. Nos encantaba explorar Grassmarket y demás. Arquitectónicamente hablando, no hay lugar más hermoso en toda Europa.

—A mí me llevaron una vez a dar un paseo por Canongate —dijo Sandy—, pero me aterrorizó la miseria.

—Bueno, eran los años treinta —dijo el hombre—. Dígame, sor Helena, ¿qué diría que le influenció más durante la década de los treinta? Quiero decir durante su adolescencia. ¿Leía a Auden y a Eliot?

—No —contestó Sandy.

—A los niños nos gustaba mucho Auden y, por supuesto, todo aquel grupo. Queríamos combatir en la guerra civil española. En el bando republicano, como es lógico. ¿Tomó usted partido durante la guerra civil española en su escuela?

—Bueno, no exactamente —dijo Sandy—. Para nosotras todo fue muy diferente.

—En aquellos tiempos usted no era católica, ¿verdad?

—No —contestó Sandy.

—Las influencias de la adolescencia son muy importantes —dijo el hombre.

—Oh, sí —confirmó Sandy— incluso si te proporcionan algo contra lo que reaccionar.

—Sor Helena, ¿qué fue lo que más le influyó? ¿La política, algún factor personal? ¿Acaso el calvinismo?

—Oh, no —contestó Sandy—. Fue una señorita Jean Brodie en la plenitud de su vida.

Se agarró a los barrotes de la reja como si quisiese escapar de aquella sala penumbrosa que se extendía a sus espaldas. Porque ella no hacía como las demás monjas, que, cuando recibían excepcionalmente una visita, se sentaban muy al fondo de la habitación, entre la tiniebla, con las manos cruzadas en el regazo. Sandy se acercaba al visitante y lo escudriñaba, agarrándose a los barrotes, y las otras hermanas lo comentaban y decían que sor Helena tenía que hacer muchos sacrificios desde que publicó su inesperadamente famoso libro de psicología. Pero, a raíz de la dispensa, Sandy se agarraba a los barrotes y recibía a los selectos visitantes: psicólogos, investigadores católicos, altas damas del periodismo y académicos que querían preguntarle sobre su extraño tratado psicológico

sobre la naturaleza de la percepción moral, titulado *La transfiguración de los tópicos*.

—No vamos a entrar en Saint Giles —dijo la señorita Brodie—, porque la noche se nos viene encima. Pero supongo que todas habéis visitado la catedral de Saint Giles, ¿verdad?

Casi todas habían estado en Saint Giles, con sus banderas hechas jirones y manchadas de sangre pretérita. Sandy no había entrado nunca allí, y tampoco quería entrar. El exterior de las antiguas iglesias de Edimburgo le daba miedo por la negrura de la piedra, como si fuesen presencias fantasmales que tuviesen casi el mismo color que el peñón del Castillo, y por su construcción tan amenazadora, con los dedos levantados a modo de advertencia.

La señorita Brodie les había enseñado una fotografía de la catedral de Colonia. Una catedral que parecía un pastel de boda y que daba la impresión de haber sido construida para la alegría y el regocijo y para que el mismísimo hijo pródigo organizara fiestas allí durante los primeros años de su trayectoria de libertinajes. Pero el interior de las iglesias escocesas resultaba más tranquilizador, porque durante los oficios había gente, no espectros. Las familias de Sandy, Rose Stanley y Monica Douglas eran creyentes, aunque no practicantes. Jenny Gray y Mary Macgregor eran presbiterianas e iban a la catequesis los domingos. Eunice Gardiner era episcopaliana y afirmaba que no creía en Jesús, sino en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. Sandy, que creía en los fantasmas, consideraba que el Espíritu Santo era una posibilidad digna de tener en cuenta. Durante aquel trimestre de invierno, la señorita Brodie respondió a todas las preguntas relacionadas con asuntos religiosos, ya que, al mismo tiempo que se acogía a la ortodoxia de la Iglesia presbiteriana escocesa de su juventud y que respetaba el domingo como día sagrado, durante aquellos años de plenitud asistía a clases nocturnas de religión comparada en la universidad. De esa manera, sus alumnas se enteraron de todo lo relacionado con ese tema y, por primera vez, tuvieron noticia de que había gente honrada que no creía en Dios, ni siquiera en Alá. Pero a las niñas se les hacía estudiar los Evangelios con diligencia para que conocieran la verdad y la bondad

contenidas en ellos y a leerlos en voz alta para que pudieran apreciar su belleza.

El paseo las había llevado a la ancha Chambers Street. El grupo había cambiado el orden: tres caminaban a la misma altura, con la señorita Brodie al frente, flanqueada por Sandy y Rose.

—Me han llamado para que me presente ante la directora el lunes por la mañana a la hora del recreo —comentó la señorita Brodie—. No tengo la menor duda de que la señorita Mackay desea preguntarme sobre mis métodos de enseñanza. Ya ha ocurrido con anterioridad. Ocurrirá de nuevo. Mientras tanto, mantendré mis principios pedagógicos y, en la flor de mi vida, estoy dispuesta a dar lo mejor de mí. La palabra «educación» viene de la raíz latina *e*, que viene de *ex*, que significa «sacar»; y de *duco* que significa «guiar». Significa algo que se saca. Para mí, la educación es sacar lo que ya está dentro del alma de una alumna. Para la señorita Mackay, es poner dentro del alma algo que el alma no tiene, y a eso yo no lo llamo educación, lo llamo instrucción, del prefijo de raíz latina *in*, que significa «en», y de *trudo*, «meter». El método de la señorita Mackay consiste en meter mucha información en la cabeza de una alumna; el mío consiste en una extracción de conocimiento. Y esa es la verdadera educación, según se demuestra por el significado de la raíz. Ahora, la señorita Mackay me ha acusado de meter ideas en la cabeza de mis niñas, pero, de hecho, ese es su método, no el mío, que es completamente distinto. Nunca dejéis que digan que meto ideas en vuestra cabeza. ¿Sandy, qué significa la palabra educar?

—Sacar —dijo Sandy, que estaba escribiendo mentalmente una invitación oficial a Alan Breck, un año y un día después de la vertiginosa huida por los brezales.

La señorita Sandy Stranger solicita la compañía del señor Alan Breck para cenar el martes día 6 de enero a las ocho.

Aquella invitación sorprendería al héroe de *Secuestrado*, ya que inesperadamente estaría remitida desde la nueva dirección de Sandy: una solitaria casa portuaria en la costa de Fife —descrita en una de sus novelas por la hija del escritor e historiador John Buchan— de la que Sandy, tras

unas tortuosas vicisitudes, había llegado a ser propietaria. Alan Breck llegaría vestido de pies a cabeza con el traje tradicional de las Tierras Altas de Escocia. ¿Y si la pasión aflorase en el transcurso de la noche y se viesan arrastrados a una relación sexual? Imaginaba la escena y le atormentaba la posibilidad de un desenlace decepcionante. Se decía a sí misma, confusa, que la gente tendría que *pensar*, pararse a pensar mientras se desnudaba, de modo que si se paraba a pensar, ¿cómo podría dejarse llevar por la pasión?

—Es un Citroën —dijo Rose Stanley mientras pasaba un coche—. Es francés.

—Sandy, querida, no te alteres. Toma mi mano —dijo la señorita Brodie—. Rose, tienes la cabeza llena de coches. Los coches no tienen nada de malo, por supuesto, pero existen cosas más sublimes. Estoy segura de que la mente de Sandy no está ocupada con los coches. Ella presta atención a lo que digo, como corresponde a una chica bien educada.

Y si las personas se desnudan unas delante de otras, pensaba Sandy, se trata de algo tan grosero, que seguro que se ven obligadas a posponer la pasión durante un instante. Y si la posponen aunque solo sea por un instante, ¿cómo pueden dejarse arrastrar por un deseo impulsivo? Si todo sucede en un abrir y cerrar de ojos...

La señorita Brodie prosiguió:

—Así que solo pienso dejarle claro a la señorita Mackay que existe una diferencia radical en nuestros principios educativos. Radical es una palabra relacionada con las raíces. Viene del latín: *radix*, «raíz». La directora y yo disentimos desde la raíz. No nos ponemos de acuerdo en si nuestra misión consiste en educar la mente de las niñas o en inmiscuirnos en ella. Ya hemos mantenido esa polémica, pero la señorita Mackay no es lo que se dice una persona que se destaque por su sentido lógico. Una persona lógica es alguien especializado en lógica. La lógica es el arte de razonar. Rose, ¿qué es la lógica?

—Hacer algo con lógica, señora, —dijo Rose, que unos años más tarde, siendo aún adolescente, se ganaría el asombro de la señorita Brodie (y luego su respeto y, por último, un gran entusiasmo) por el papel que parecía estar representando: el de una gran amante, magníficamente elevada sobre la mediocridad de las amantes, por encima de las leyes morales. Una

encarnación de Venus, algo fuera de serie. De hecho, por aquel entonces, Rose no estaba embarcada en la aventura amorosa que la señorita Brodie le atribuía, aunque daba esa impresión, y Rose era famosa por su aura sexual. Pero en aquel paseo de invierno, cuando tan solo tenía once años, Rose prestaba atención a los modelos de los coches y la plenitud de la señorita Brodie aún no había progresado lo suficiente como para hablar de sexo, excepto a través de veladas alusiones, como cuando dijo de su novio guerrero: «Él era un hombre puro»; o cuando leyó el poema «Bonnie Kilmeny» de James Hogg:

Kilmeny era todo lo pura que podía ser.

Y añadió: «Que es como decir que ella no fue a la cañada para mezclarse con los hombres».

—Cuando vea a la señorita Mackay el lunes por la mañana —dijo la señorita Brodie— le señalaré que, según mi contrato laboral, mis métodos no pueden ser censurados, a menos que pueda demostrarse que son impropios o subversivos, y siempre que las niñas no estén lo suficientemente preparadas para el examen de fin de curso. Confío en que os esforcéis y que intentéis aprobar siquiera sea por los pelos, aunque tengáis que empollar el temario y olvidarlo al día siguiente. En cuanto a la incorrección, no me la pueden atribuir, salvo alguna tergiversación burda que pudiera hacer algún traidor. Y no creo que nadie me traicione. La señorita Mackay es más joven que yo y su salario es más alto. Se trata de un detalle puramente casual. Cuando yo estaba en la universidad, las mejores calificaciones que daban eran más bajas que las que daban en la época de la señorita Mackay. Por esa razón, enseña en los cursos de secundaria. Pero su capacidad de razonamiento deja mucho que desear, así que no me da ningún miedo lo que pueda pasar el lunes.

—La señorita Mackay tiene una cara muy roja, y se le notan las venas —dijo Rose.

—Rose, en mi presencia no voy a permitir que se hagan comentarios de ese tipo —dijo la señorita Brodie—, porque sería desleal.

Habían llegado al final de Lauriston Place, después de pasar ante el parque de bomberos, donde tendrían que coger un tranvía para ir a tomar el té al apartamento que la señorita Brodie tenía en Churchhill. Una larguísima cola de hombres ocupaba esa parte de la calle. Llevaban trajes andrajosos y camisas sin cuello. Hablaban y escupían, y fumaban colillas que apretaban entre el dedo corazón y el pulgar.

—Cruzaremos aquí —dijo la señorita Brodie, y reunió el grupo para cruzar la calzada.

Monica Douglas susurró:

—Son los parados.

—En Inglaterra se llaman desempleados. Hacen cola para cobrar el subsidio de la oficina de empleo —informó la señorita Brodie—. Todas debéis rezar por los desempleados. Os escribiré una oración específica para ellos. ¿Sabéis lo que es el subsidio?

Eunice Gardiner no tenía ni la menor idea.

—Es una paga semanal que concede el Estado para ayudar a los desempleados y a sus familias. A veces, antes de ir a casa, se gastan el subsidio en bebida, y los niños pasan hambre. Son nuestros hermanos... Sandy, deja ahora mismo de mirar de esa manera... En Italia se ha solucionado el problema del desempleo.

Sandy tuvo la impresión de que no era ella la que miraba de manera descarada aquella cola interminable de hermanos que estaban al otro lado de la acera, sino que eran los ojos de ellos los que tiraban de los suyos. Una vez más se sintió muy asustada. Algunos de los hombres dirigían la mirada hacia donde estaban las niñas, aunque sin prestarles atención alguna. Las niñas habían llegado a la parada del tranvía. Los hombres hablaban y escupían mucho. Algunos se reían con risas ásperas que parecían toses y que terminaban en un esputo.

Mientras esperaban el tranvía, la señorita Brodie dijo:

—La primera vez que llegué a Edimburgo como estudiante me hospedé en esta calle. Debo contaros una historia sobre la patrona, que era una persona muy frugal. Todas las mañanas tenía por costumbre preguntarme lo que quería para desayunar y hablaba de esta manera: «¿Ta petece arenque colorao? No, pue». «¿Quiere huevo hervío? No pue». Así que, durante todo

el tiempo que estuve alojada en aquella pensión, lo único que tomaba en el desayuno era pan y mantequilla, y en raciones mínimas.

La risa de las niñas se fundió con la de los hombres que estaban enfrente y que en aquel momento habían empezado a entrar de manera lenta y a trompicones en la oficina de empleo. Sandy volvió a sentir miedo tan pronto como dejó de reír. Vio la lenta fila que se movía a sacudidas, con un temblor de vida, como un único organismo, como si se tratara del cuerpo de un dragón que, aunque no tuviese derecho a estar en la ciudad, se establecería en ella y se haría indestructible. Se acordó de los niños que pasaban hambre, y aquel pensamiento alivió su miedo. Quería llorar, como lo hacía siempre que veía a un cantante callejero o a un mendigo. Quería que Jenny estuviese allí, porque a Jenny se le saltaban las lágrimas cada vez que veía a niños pobres. Pero la serpentina criatura que estaba enfrente empezó a tiritar de frío e hizo que Sandy temblase de nuevo. Se volvió y le dijo a Mary Macgregor, que había rozado su manga:

—Deja de empujar.

—Mary, querida, no debes empujar —dijo la señorita Brodie.

—No estaba empujando —replicó Mary.

En el tranvía, Sandy se disculpó de ir a tomar el té al apartamento de la señorita Brodie con el pretexto de que se notaba un poco resfriada. En verdad, tiritaba. En aquel momento, lo que quería era estar dentro de la calidez de su casa, ya que, fuera de allí, incluso el grupo corporativo de Brodie no podía ofrecérsela.

Pero más tarde, cuando Sandy se imaginó a Eunice dando volteretas y haciendo el spagat en la cocina de suelo de linóleo de la señorita Brodie, mientras las otras niñas lavaban los platos, deseó con todas sus fuerzas haber ido a tomar el té a la casa de la maestra a pesar de todo. Sacó el cuaderno secreto de entre las partituras de música y añadió un capítulo a *La montaña de las águilas*, la verdadera historia de amor de la señorita Jean Brodie.